

Morales Sarabia, Angélica – Radding, Cynthia – Marroquín Arredondo, Jaime (coords.). *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*. México: Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2021. 348 pp.

Retomando lo establecido por la Real Academia de la Lengua Española, la definición de la palabra “saber” hace referencia a distintas actividades relacionadas entre sí: contar con la noticia o el conocimiento de alguna disciplina o materia, poseer la habilidad para resolver situaciones concretas y estar instruido o tener la capacidad para realizar actividades de distinto tipo¹. Es posible establecer que la mejor vía para la difusión de un saber es a través de la narrativa o la palabra escrita.

Durante el período moderno, situado entre los siglos XVI y XVIII, los saberes religiosos, académicos y científicos vertieron, de forma profusa, en el ámbito de la cultura escrita. Las órdenes religiosas, cuya preponderancia en este período es innegable, destacaban en la difusión de distintos saberes escritos a través de vías o medios narrativos: historias oficiales, crónicas de evangelización, informes y memoriales. Destacaría la escritura edificante difundida por los miembros de la Compañía de Jesús en su labor misional, realizada entre los indios que habitaban en los territorios fronterizos de Asia y el Nuevo Mundo. A través de estos medios escritos, los misioneros obtenían las herramientas conceptuales para comprender, transcribir y difundir distintas representaciones del cristianismo que se adaptaba a las variaciones de las religiosidades que permeaban la vida social y cultural de las sociedades locales².

El denominado conocimiento misionero era reconocido y enseñado en los tiempos modernos, a través de distintas disciplinas, como la historia, la teología, la botánica y la medicina. Sin embargo, los jesuitas podían verse confrontados con otros medios y formas de hacer ciencia, a través de la pluralidad de los saberes indígenas. Cabe señalar que, para la Sociedad de Jesús, era necesario abarcar y apropiarse de un conocimiento exhaustivo del mundo natural y moral de las regiones y culturas ajenas a ellos³. Los saberes eran clave para la producción de conocimiento a nivel local, que luego se transmitía a través de la red de comunicación oficial que ayudaba a la Compañía a difundir los escritos por las ciudades europeas más relevantes, destacando Madrid, Sevilla y Roma. En términos sintéticos, la circulación de conceptos o saberes no se limitaba al uso discursivo de la documentación oficial y edificante, sino que se conformaba como un instrumento de adaptación política y social que inducía la transformación de los distintos espacios de misión⁴.

¹ Real Academia de la Lengua Española (RAE). Consultado en: <https://dle.rae.es/saber>

² Castelnau-L'Estoile, Copete, Maldavsky y Zupanov, 2011: 42.

³ Millones, 2005: 28.

⁴ Castelnau-L'Estoile – Copete – Maldavsky – Zupanov, 2011: 44.

Bajo esta perspectiva metodológica, podemos situar el libro *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, coordinado por los historiadores Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding y Jaime Marroquín Arredondo. En su parte introductoria, los autores proponen que a partir del uso del concepto de “saber”, es posible recuperar las tareas de gobierno, los propósitos apologéticos y los conocimientos prácticos y científicos situados en el contexto de la misión jesuítica. De igual manera, retoman el uso conceptual del principio ignaciano de la *acomodatio* (acomodación) usado ampliamente por los misioneros de la Compañía, y que hacía referencia a una actitud abierta y tolerante hacia las religiones locales que inducía a los misioneros a tolerar y conservar determinados ritos y prácticas esenciales para la vida.

El libro se compone de nueve capítulos. En el primero de ellos, titulado “Filosofía moral y experiencia en la obra indiana de José de Acosta”, Jaime Marroquín analiza la obra escrita de uno de los misioneros más sobresalientes en el ámbito americano, el padre Acosta, al tratarse de un ejemplo fundamental en el proceso de traducción de los saberes indígenas y su incorporación a la filosofía natural, la teología y la filosofía moral occidentales. En opinión del autor, la *Historia Natural y Moral de las Indias*, obra cumbre del jesuita en cuestión, representa la cara filosófica de la censura a la tradición etnográfica propuesta por fray Bartolomé de las Casas, al cerrar la polémica referente a la igualdad o inferioridad de los indios. Si bien Acosta reconoció y afirmó la humanidad de los indios, clasificados entre bárbaros y civilizados, estableció de forma contundente su inferioridad respecto a los europeos, cuestión que ya había sido debatida por la tradición etnográfica precedente, y que sería un hecho retomado a posteridad por distintos autores provenientes de la rama eclesiástica.

El segundo capítulo, “Saberes misioneros y medicina de la conversión en el Pacífico novohispano. Recetarios medicinales filipinos, 1611-1712”, escrito por José Pardo Tomás, se centra en la revisión de algunos recetarios escritos por misioneros que se encontraban en el territorio de Filipinas. Se citan los casos concretos de los textos medicinales escritos por el franciscano Blas de la Madre de Dios (1611) y el jesuita Pavel Klein (1712). El autor inserta la escritura de estos documentos bajo un contexto amplio, en el que los imperios ibéricos mantenían el interés y la necesidad de adquirir un conocimiento sobre la naturaleza de aquellas regiones que habían comenzado a explorar. Fue así como apareció el fenómeno definido por el autor como “la medicina de la conversión”, un poderoso instrumento de penetración en las estructuras sociales y culturales de la población sometida al nuevo poder colonial. De igual manera, enfatiza que el lugar otorgado al saber medicinal era parte de la educación elemental de los miembros de las órdenes religiosas, sobre todo por las diversas vías de difusión y recepción presente en distintas instituciones como los colegios, las bibliotecas o las boticas administradas por los religiosos.

En el tercer capítulo, “La farmacopea indígena y la ciencia en el septentrion de la Nueva España: el Florilegio Medicinal de Juan de Esteyneffer entra la ciencia y la fe”, Cynthia Radding muestra argumentos que dan cuenta de la fusión de conocimientos científicos y médicos derivados de los saberes jesuitas y de los indios del Septentrion novohispano, a partir del análisis de la obra *Florilegio Medicinal* (1712) del misionero Juan de Esteyneffer. La autora señala que los conocimientos médicos que compartía el *Florilegio* se desarrollaban en sintonía con los lineamientos espirituales que buscaban el aseguramiento del “saneamiento” del alma a través de la in-

tercesión de los santos. De este modo, la actividad de compilar y diseminar los conocimientos locales respondía a la necesidad jesuítica de fortalecer la economía espiritual de la misión en una perspectiva global, para consolidar su papel ejercido dentro de la política imperial de la Corona. La autora nos ofrece un claro ejemplo de cómo los misioneros se apropiaban de los saberes indígenas, para traducirlos y plasmarlos en una escritura retórica que daba cuenta de su importancia a un público más amplio. Entre los principales lectores de estas obras destacaban los correligionarios asentados en los colegios de los centros urbanos, tanto en el Nuevo Mundo como en Europa.

Los objetivos principales del cuarto capítulo escrito por Jana Cerná, “Curar, gozar, experimentar: materia médica novohispana y los jesuitas centroeuropeos”, se centran en el análisis de fuentes novedosas, como es el caso de las memorias de limosnas y los inventarios de farmacias centroeuropeas. Gracias a la revisión de estos documentos, es posible profundizar en el conocimiento que la Compañía de Jesús tenía sobre la materia médica y la circulación de distintos productos medicinales, situación que reflejaba prácticas curativas presentes en la vida cotidiana de las misiones. La autora resalta que, al analizar otros espacios físicos como las boticas y las enfermerías situadas en los colegios, es posible profundizar con mayor detalle en la formación previa de los misioneros, antes de su salida hacia el Nuevo Mundo. Concluye que, ya fuera en la Europa Central o en las misiones del septentrión novohispano, los jesuitas se convirtieron en privilegiados testigos de vista de nuevas y “excelentes producciones medicinales”, derivadas de la provincia divina y procedentes de los distintos paisajes transoceánicos.

En el quinto trabajo, “La expedición de la costa oriental de la Antigua California de Fernando Consag (1746). Una mirada etnográfica a sus prácticas cartográficas”, Angélica Morales analiza una de las fuentes jesuíticas escritas más relevantes del Septentrión Novohispano: *Derrotero del viaje en descubrimientos de la costa oriental hasta el río Colorado*. La autora destaca que este documento puede ser considerado como un instrumento de navegación “híbrido”, pues contiene descripciones geográficas y etnográficas, y al mismo tiempo incorpora una retórica edificante que termina cumpliendo una función doble: la científica y la religiosa. Bajo un sentido retórico, los misioneros debían destacar la labor que habían desempeñado en los lugares de misión para continuar recibiendo el apoyo de sus promotores novohispanos, incluso en su condición de expulsos. Por esta razón, las exploraciones que realizaron los jesuitas tuvieron profundas implicaciones en la descripción del mundo físico, natural y moral. En la fuente concreta, es posible reconocer un proceso de adaptación que dio como resultado un instrumento *ad hoc* para las necesidades específicas de la empresa misionera en los territorios de la península californiana.

El sexto capítulo, “La circulación de saberes celestes para la conquista terrenal: Eusebio Kino como misionero matemático”, de Nydia Pineda de Ávila y Omar Rodríguez Camarena, da cuenta de la obra escrita de uno de los misioneros más emblemáticos del norte novohispano, el germano Eusebio Francisco Kino, bajo una mirada novedosa: como un recurso de estrategia política para posicionar y consolidar su reputación dentro de una red de mecenas, religiosos, matemáticos e impresores que participaban en la circulación de saberes entre las provincias europeas y las misiones de América y Asia. Por tanto, se señala que su obra formaba parte de un proyecto de expansión misional, y de una serie de redes que se reconfiguraban en situaciones locales contingentes. Al mismo tiempo, sus publicaciones astronómicas servían

como instrumentos de promoción para financiar las provincias, desde otro ámbito: el de la relevancia de la creación de contenidos científicos.

En el séptimo trabajo, “Otros centros y otras periferias en América del Sur: los jesuitas y la astronomía en Salvador y más allá, siglo XVII”, Tomás Haddad muestra el trabajo científico realizado por los jesuitas portugueses en un lugar considerado como “frontera misionera”: la ciudad de Bahía, situada en el litoral atlántico. A pesar de esta denominación, el autor analiza este territorio como un lugar de partida y regreso de misioneros enviados al vasto interior, a las franjas de la Amazonia, o incluso a partes de las regiones meridionales del Brasil. Habla también de la difusión de la ciencia como herramienta que servía para poner freno a acciones que derivaban de la ausencia de estructuras sociales inteligibles para los agentes europeos, sino los pecados y vicios típicos de cualquier gran ciudad católica: la codicia, la impiedad, la lujuria, entre otros.

En estrecha sintonía con el capítulo anterior, en el penúltimo trabajo titulado “Illas, bezoares y jesuitas en la construcción de remedios trasatlánticos”, Edith Llamas Camacho y Tania Ariza Calderón nos muestran como los jesuitas desarrollaron una forma discursiva que cubrió las expectativas de un público deseoso de conocer, a través de la experiencia personal, otras realidades muy lejanas a Europa, a través de la difusión de conocimientos locales, como era el caso del uso de las piedras bezoares, relacionadas con el desarrollo de prácticas idolátricas en el ámbito andino. Bajo este discurso, los padres de la Compañía trataron de equiparar las virtudes medicinales de las piedras occidentales con las orientales. A pesar de la intolerancia religiosa y de las instituciones coloniales, había un reconocimiento de las prácticas médicas indígenas por parte de los misioneros, que en muchos casos fueron toleradas y valoradas.

A manera de cierre, en el último ensayo “De la ciencia jesuita al saber misionero. Hacia una definición compleja”, Guillermo Wilde muestra una reflexión general sobre la forma en que se insertaron las misiones jesuíticas americanas al interior de programa global de reforma religiosa, cultura y política que se expandió de manera continua durante al menos dos siglos. Se pone en el centro de debate la pregunta que defiende la cientificidad de las informaciones misioneras como conocimiento puro, realista y objetivo, como saber profesional, y otra visión que no la concibe como pura propaganda edificante, sin valor científico. El autor indica que este segundo fenómeno se presentó sobre todo a mediados del siglo XVIII, cuando comenzó a dibujarse una variación en el destino de las informaciones difundidas, unas orientadas a la actividad misionera y otras destinadas a satisfacer la curiosidad de las audiencias europeas. Por tanto, el fenómeno de la edificación era una condición intrínseca a los escritos jesuíticos, parte de la construcción de una perfección cristiana, que debe lograr suscitar vocaciones misioneras. Derivado de este hecho, la misión se conformó como un campo de experimentación de las capacidades adaptativas de la regla y normas vigentes, siendo la eficacia en el acercamiento a las poblaciones la vara a partir de la cual se pueden medir los límites de la adaptación o aculturación de las sociedades locales.

A manera de conclusión, los trabajos contenidos en el libro *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)* dejan abiertas nuevas interrogantes y posibilidades de estudio, que invitan a poner la mirada en algunas instituciones eclesiales por excelencia, como son las misiones, los colegios o las boticas administradas por la Compañía de Jesús durante el período moderno. Más allá de su función

meramente espiritual, estos lugares se caracterizaron por contar con una cotidianidad donde destacaba la difusión de conocimientos generales que derivaban del pensamiento humano. Estos eran desarrollados por aquellos actores que habitaban y ponían en práctica sus actividades dentro de ellos, destacando los grupos indígenas americanos y misioneros de nacionalidades diversas. Por tanto, estos sitios pueden ser definidos como espacios productores de saberes naturales, espirituales y científicos, durante la denominada temprana modernidad.

Referencias bibliográficas

- Castelnau-l'Estoile, Charlotte de – Copete, Marie-Lucie – Maldavsky, Aliocha – Zupanov, Inés G. (coords.). “Introducción”. En *Missions D'Évangélisation et Circulation Des Savoirs, XVI-XVIII siècle*. Madrid: Casa de Velázquez, 2011, 1-22.
- Millones Figueroa, Luis. “La ‘intelligentsia’ jesuita y la naturaleza del Nuevo Mundo en el siglo XVII”. En *El saber de los jesuitas, historias naturales y el nuevo mundo*, coordinado por Millones Figueroa, Luis – Domingo Ledezma, Domingo. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2005, 27-52.
- Real Academia de la Lengua Española (RAE). Disponible en: <https://dle.rae.es/saber>

Ismael Jiménez Gómez
Universidad Nacional Autónoma de México (México)
Código ORCID: 0000-0003-0900-9311
ismael050894@gmail.com